

¿Puede rastrearse el origen del machismo?

Por Ana María Merchán
(anammerchan@yahoo.com)

Me encontraba en una reunión familiar y me llamó la atención que todas las mujeres ayudábamos atendiendo a los invitados; sin embargo, los varones, incluyendo mi hijo, estaban sentados esperando ser servidos. Lo que inició mi reflexión fue que en mi familia se fomenta la igualdad de roles y tareas, pero en la realidad sucede otra cosa. ¿De dónde surgía esta actitud aparentemente machista? ¿Era producto de una educación inadecuada o simplemente la aceptación de un rol femenino de servicio arraigado en las costumbres y tradiciones?

Esta experiencia me llevó a realizar una investigación más profunda para despejar mis dudas sobre el origen de estas actitudes machistas: ¿Tiene el machismo origen genético o es producto de una construcción social? ¿Se lo analiza desde un punto de vista científico o político? ¿Realmente existe un gen “machista”? Para contestar estas preguntas era necesario analizar evidencia científica y antropológica.

Por un lado, las evidencias arqueológicas han demostrado que desde la época de los Neandertales los oficios para machos y hembras eran

distintos, y la mayoría de civilizaciones antiguas era patriarcal (Querol, 2015). El patriarcado era una forma de organización social para asegurar la supervivencia, aunque las mujeres tenían un “poder distinto, marginal, pero con cierta relevancia social” (Hernández Corrochano, 2006). El sistema patriarcal se observa de manera especial desde la r e v o - l u c i ó n



agroindustrial por una dominancia de los roles del varón en los sistemas social, político y económico.

Por otro lado, investigaciones antropológicas sobre la evolución humana demuestran que existieron sistemas sociales bastante igualitarios para la distribución de tareas y

bienes. La maternidad obviamente suponía cierto tipo de restricciones, mas no por eso se consideraba a la mujer de un estatus inferior, ya que una diferencia de roles no era vista como una desigualdad (Fundación Mujeres, 2010). Esta distribución de oficios se puede explicar desde dos puntos de vista: el primero, una manera de organizarse, lograr la estabilidad dentro de un sistema, o el uso efectivo de predisposiciones genéticas y/o talentos; el segundo, un sistema machista donde no se aplica la igualdad de género.

La batalla de los sexos al parecer se origina porque se percibe al hombre y a la mujer como especies totalmente distintas; una teoría muy aceptada a finales del siglo XIX e inicios del siglo XX (Querol, 2015). El historiador israelí Yuval Noah Harari se dedicó a investigar y reflexionar sobre esta desigualdad de sexos a través de la historia para determinar el origen del “machismo”, llegando a formular tres teorías, ninguna de las cuales, en su propio criterio, ofrecía argumentos lo suficientemente convincentes.

La primera teoría justificaba que el hombre hiciese los trabajos más duros debido a su mayor fuerza fí-

Como padres y sobre todo educadores ¿cómo garantizamos la equidad de género en las futuras generaciones?

sica, algo que en la época antigua era una realidad, pero que hoy podría ser cuestionado. La segunda teoría mencionaba que la hormona masculina, la testosterona, además de aumentar la capacidad física del varón incrementaba sus niveles de agresividad; por esta razón era él quien iba a la guerra, defendía su familia y luego ocupaba posiciones de poder en la sociedad. La tercera teoría menciona que la evolución ha programado a los varones para el machismo, porque según la teoría de la selección natural de Darwin los hombres entraron en una competencia por tener descendencia, lo que de manera natural asignó a las mujeres el rol de sumisas y cuidadoras (Noah, 2014).

Al contrario de lo que pensaba Noah, el antropólogo social Cabezas López (2003) considera que la agresividad no es biológica sino cultural, y que las diferencias de género son producto de una construcción social que evoluciona. El antiguo discurso de la “diferencia de especies” ha sido reemplazado hoy en día por otro que habla de “diversidad de individuos”, donde el sexo es una diferencia biológica que sirve para procrear y asegurar la supervivencia de la especie. Diferencias que en la antigüedad eran muy marcadas entre los machos y hembras, como tamaño, fuerza física, agresividad, habilidades, hoy se han

equiparado. Si la violencia genética nació como un instinto de supervivencia, hoy es producto de un comportamiento social y ambiental, de distintas formas de crianza y educación, según valores y percepciones culturales.

A pesar de las diferencias biológicas del hombre y de la mujer, sus características típicas, en lugar de separarlos, deberían complementarlos. En la sociedad moderna la igualdad de condiciones se considera dentro de los marcos de justicia y poder. La valoración de identidades y labores no debe provenir del aporte socioeconómico de un individuo sino del aporte al bien individual y común. No se trata de arraigarse en cómo fuimos, sino en cómo queremos ser, pensar y actuar de hoy en adelante. Por tanto, si las capacidades y logros de los hombres son más reconocidos, esto no significa que la mujer sea física o intelectualmente inferior, sino que la sociedad aún no se ha despojado de los “genes” de las sociedades patriarcales del pasado.

Habiendo analizado el probable origen del machismo, nos toca ahora decidir, como padres y sobre todo educadores ¿cómo garantizamos la equidad de género en las futuras generaciones? La educación desde las aulas, desde los niveles iniciales, debe esforzarse por despertar en los niños su conciencia sobre estereotipos, prejuicios e ideas preconcebidas que muchas veces son parte de nuestra herencia, como por ejemplo el uso de ciertos colores de manera exclusiva por las niñas, o juegos activos específicamente para los niños. Solo así podremos garan-

tizar que esos niños, educados en igualdad de género, respeten la diferencia y la diversidad, y exijan que se respeten sus derechos, sea como hombres o mujeres. Solo así podremos en el futuro hablar de una sociedad verdaderamente equitativa, donde se evidencie la igualdad de trato, oportunidades y reconocimiento sin distinción de género.

Referencias

Cabezas López, J. (2003). Frontera, territorio e identidad: los etnosistemas. *Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, 8.

Fundación Mujeres. (29 de noviembre de 2010). Genéticamente machistas. *Educación en igualdad*. Madrid, España. Obtenido de <http://www.educacionenigualdad.org/geneticamente-machistas>

Hernández Corrochano, E. (2006). Mujeres, espacios de equipoder y desarrollo rural. *Revista de Antropología Iberoamericana*, 1(1), 62-79.

Noah Harari, Y. (4 de mayo de 2014). *Sapiens: A brief history of humankind*. Jerusalén, Israel. Obtenido de <https://www.youtube.com/watch?v=X2S56yfb5Lc&list=PLfc2WtGuVPdmhYaOjd449k-YeY71fiaFp&index=3>

Querol, R. (13 de marzo de 2015). No pregunten a Darwin: tres teorías sobre el origen del machismo. *Diario El País*. Madrid, España. Obtenido de <http://blogs.elpais.com/mujeres/2015/03/de-donde-viene-el-machismo.html>.